

LECTIO DIVINA



TIEMPO ORDINARIO - B DOMINGO 34º JESUCRISTO REY DEL UNIVERSO



**PARROQUIA
SANTA
MÓNICA**

CALI



EUDISTAS
Congregación de Jesús y María



Rey misericordioso y servicial

Ambientación:

A lo largo el año hemos venido viviendo y celebrando: el tiempo de espera del Redentor (Adviento); el nacimiento del señor (Navidad); su camino de preparación hacia la Pascua (Cuaresma); su Pasión, Resurrección y Glorificación (Semana Santa, Pascua, Ascensión, Pentecostés).

Hoy *terminamos el Año Litúrgico* celebrando a *Cristo «Señor y Rey del universo»*. No se trata de ninguna «forma política de gobierno», sino del Reino de Dios instaurado por Jesús y al que le da plenitud: que habita en nosotros, a pesar de que «*no es de este mundo*». A Jesús tenemos que bajarlo de todos los tronos para dejarlo solamente en la Cruz y en la resurrección a una vida nueva.

1. PREPARACIÓN: Invocación al Espíritu Santo

Espíritu Santo,
ven a nuestra mente y nuestro corazón
para que, en actitud de discípulos,
acojamos la Palabra que nos regala el Padre
y las luces y gracias dadas a la Iglesia mediante ella.

Que recibamos esta Palabra como principio de vida
y tengamos, para recibirla, la disposición
con que Jesucristo leyó al profeta Isaías
en la sinagoga de Nazareth.

Haz que, por la Palabra, Jesucristo viva y reine
en nuestro corazón y en nuestra vida.
Amén.

2. LECTURA: ¿QUÉ DICE el texto?

Dn. 7, 13-14: «*Su reino no acabará*»

El texto de Daniel nos describe en su visión cómo un «*Hijo de hombre*» aparece entre nubes y cómo recibe de Dios el *señorío universal*. Aquella figura humana sale del misterio de Dios para entrar en la vida de los hombres. Recibe del *Anciano venerable* (= manera de hablar del Padre Dios), *poder, honor y reino*. No un poder avasallante ni opresor, ni un honor que mendiga homenajes, ni un reino *como los de este mundo*, sino el amor de Dios que se encarna para bien del hombre y del universo. De una vez se le fijan los destinatarios: *Todos los pueblos, naciones y lenguas le sirvieron*.





Más que su identidad, el término «*hijo del hombre*» designa una **función**. Esta función es la **función mesiánica**: perfeccionar la creación de Dios conduciendo a la humanidad a la plenitud de la vocación que Dios le ha asignado: reconciliar a todos los seres, los del cielo y los de la tierra.

El convoca a todos para que entren en su proyecto salvador y se pongan al servicio de él para bien propio y de toda la humanidad. Damos por entendido que si Dios convoca a todos para un plan salvador todos deben estar dispuestos a entrar en esa tarea en que se juegan la felicidad y el bienestar. Esa obediencia es el servicio que Dios espera.

Ese ideal encuentra en el hombre, a quien se quiere beneficiar, oposición, desobediencia y rebeldía. Por su soberbia, que le impide sacrificar su libertad, el hombre se encamina por sendas extraviadas. Es el *misterio de la iniquidad* que la Biblia llama el pecado (2 Ts 2, 7). Como todo lo divino esta acción no conoce límites: *Su poder es eterno y no cesará. Su reino no se acabará*. El libro de Daniel (7, 1-18) ve desfilar imperios que surgen y se hunden para siempre. Y anuncia la llegada de ese *reino que no acabará jamás*.

Pero esta figura escatológica de la literatura apocalíptica judía sólo se aclarará con la venida de Cristo, que se declara a sí mismo como el «*hijo del hombre*». La condición del hijo del Hombre no es la del triunfador sino que se identifica con el que padece hambre, sed, necesidad (Mt. 25, 31 ss.): Siervo de Yahvé. En este texto de Mateo es donde se nos revela el gran misterio del Hijo del hombre.

Sal. 93(92): «El Señor reina, vestido de majestad»

Este salmo está *organizado* así:

1. Dios, rey del mundo (vv. 1-2)
2. Triunfo sobre el caos (vv. 3-4)
3. Triunfo sobre el pecado (v. 5)

Es un himno en el que se canta la **grandiosidad de Dios** como **soberano del universo**. El lenguaje es solemne, poético, con un estilo sonoro y elocuente.

Las grandes aguas oceánicas, símbolo del caos, lanzan inútilmente, por tres veces, un desafío a Dios. El rey celeste es más poderoso que su bramido y rebelión. Desde su alto trono sujeta con firmeza al mundo y vence las fuerzas oscuras y disgregadoras.

En la historia ocurre lo mismo que en la creación: los mandamientos de Dios son firmes e inmutables; vencen el caos del pecado y la injusticia.

Ap. 1, 5-8: «A Jesucristo, el Testigo fiel, la gloria y el poder por los siglos de los siglos»

El Hijo del Hombre de Daniel toma carne, se hace radicalmente hombre con todas las consecuencias. No asume la naturaleza de un «*super-hombre*», sino la





naturaleza frágil y perfectible de los miles de hombres que han pasado por esta tierra.

Por eso precisamente ha podido liberarnos de la fragilidad, del absurdo, del dolor, del sinsentido de la muerte, de la raíz de nuestros males que es el pecado. Su cuerpo y su rostro aparecen magullados, como los de tantos hombres. Muchos murmuran sobre él lamentos de compasión, porque temen que ha perdido la partida.

Pero el amor nunca pierde. Por su sangre, su obediencia y libertad ha conquistado millones de hombres a la esperanza. Se ha convertido en el primer verdadero conquistador del hombre, en el «*primogénito de los muertos*», en el «*alfa y el omega*». Los hombres no podremos nunca inventar un poder tan revolucionaria como el de Cristo, porque su poder no es agonía y aplastamiento, sino nacimiento a la vida y libertad. Esto es lo que quiere anunciar Juan a sus hermanos cristianos perseguidos por el poder imperial

El libro del Apocalipsis, desde una perspectiva última, identifica en Jesucristo esa figura de hombre vencedor. «*A Jesucristo, el Testigo fiel... el Príncipe de los reyes de la tierra... que nos ha liberado de nuestros pecados por su sangre y nos ha convertido en reino y nos ha hecho sacerdotes de Dios, su Padre, la gloria y el poder por siempre jamás. Amén*».

Para el autor del Apocalipsis el drama de la historia ha terminado. Se abre el triunfo final del Reino de Dios. «*¡Miren! El viene en las nubes*». Es una teofanía.

Cristo es presentado en su calidad de Dios salvador. Todos lo verán, también los que lo traspasaron. En su muerte no fue derrotado sino que en ella y por ella realizó la salvación del mundo: la posibilidad para todos de llegar a Dios y entrar en su misterio.

Jn. 18. 33-37: «Tú lo dices: Soy rey»

EVANGELIO DE JESUCRISTO SEGUN SAN JUAN

R/. Gloria a Ti, Señor

³³ Entonces Pilato **entró** de nuevo al pretorio y llamó a Jesús y le dijo: «**¿Eres tú el rey de los judíos?**»

³⁴ Respondió Jesús: «**¿Dices eso por tu cuenta, o es que otros te lo han dicho de mí?**»

³⁵ Pilato respondió: «¿Es que yo soy judío? Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado a mí. ¿Qué has hecho?»

³⁶ Respondió Jesús: «**Mi Reino no es de este mundo. Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría**





combatido para que no fuese entregado a los judíos; pero mi Reino no es de aquí».

³⁷ Entonces Pilato le dijo: «¿Luego tú eres rey?». Respondió Jesús: «Sí, como dices, soy rey. Yo para esto he nacido y para esto he venido al mundo: para **dar testimonio de la verdad**. *Todo el que es de la verdad, escucha mi voz».*

Palabra del Señor.

R/. Gloria a Ti, Señor Jesús.

Re-leanos el texto para interiorizarlo

a) Contexto: Jn. 18,1 - 19,42: Relato de la Pasión

El contexto remoto de este fragmento evangélico, en el 4ª evangelio, es el relato de la Pasión. Y dentro de ese relato, como contexto próximo, señalamos la sección que se ocupa del *juicio de Jesús por parte de Pilato: Jn. 18, 28-40*. Con este juicio se prepara la revelación y el solemne anuncio de *Jesús- Rey Mesías*.

En ese juicio, Juan describe siete escenas, indicadas por los verbos «*entrar*» (Jn. 18, 28. 33.; 19, 9.) y «*salir*» (Jn. 18, 29.38; 19, 4.13). La perícopa de este Domingo es la segunda escena de ese juicio (Jn. 18, 33-38):

El proceso ante Pilato es el verdaderamente importante para Juan. Le dedica doble espacio que el resto de los evangelistas. La dramatización del proceso se mueve en *dos escenarios*: en el **interior** del palacio, donde reina la calma y se reconoce la inocencia de Jesús, y en **el exterior**, donde se respira odio y violencia con la única preocupación de declarar culpable a Jesús. Es impresionante el contraste entre la verdadera personalidad de Jesús que se transparenta en varias pinceladas simbólicas del relato y la dramática realidad de su entrega, de las afrentas a que es sometido y de su condena final.

b) Comentario:

vv. 33-34:

El texto del evangelio de san Juan es solemne. Están frente a frente el gobernador, representante de un imperio terreno, *Pilato*; y *Cristo*, acusado, juzgado como malhechor, pero precisamente proclamado *rey*. Los dirigentes de su pueblo lo acusan de atribuirse el poder de rey. Pilato quiere saberlo de sus labios «¿Eres tú el rey de los judíos?» (v. 33) y Cristo le responde obligándolo a asumir una posición personal: «¿Lo dices **por tu cuenta** o repites lo que otros te han dicho?» (v. 34). Ante Él lo que vale es la *posición personal*. Otros nos pueden responder de nuestra fe, que es un compromiso personal e intransferible (cfr. Jn. 9, 21b)..



**v. 35a:**

«*Es que yo soy judío?*» (v. 35a). Pilato respeta poco al pueblo judío, por eso su pregunta tiene un tono de desprecio. Pilato parece responder con desprecio a lo que piden los judíos, los cuales aparecen claramente como acusadores de Jesús: los *sumos sacerdotes* y el *pueblo*, cada uno con su responsabilidad, como se lee en el prólogo: «*Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron*» (Jn. 1,11)

v. 35b:

«*Tu pueblo y los sumos sacerdotes te han entregado* (griego: *paredokan* – de *paradidomi*) *á mí*» (v. 35b). Pilato confirma que otros han iniciado esta acción. Ningún cargo se ha presentado contra él. Los judíos sólo se han quejado, diciendo que Jesús es malo (*kadon* – traducido «*malhechor*»: v. 30). Pilato no sabe por qué los pontífices quieren matarlo, pero sí comprende que hay más de lo que parece. Quiere comprender el complot escondido, por eso le pide a Jesús que explique lo que pasa.

En este Evangelio la palabra griega *paradidomi* se usa frecuentemente para hablar de Jesús siendo *traicionado* (cfr. Jn. 6, 64, 71; 12, 4; 13, 2; 11, 21; 18, 2.5; 21, 20) o *entregado a sus enemigos* (cfr. Jn. 18, 30.35b) o *entregado para ser crucificado* (cfr. Jn. 19, 16).

Pilato parece responder con desprecio a lo que piden los judíos, los cuales aparecen claramente como acusadores de Jesús, los sumos sacerdotes y el pueblo, cada uno con su responsabilidad, como se lee en el prólogo: «*Vino a los suyos, pero los suyos no le recibieron*» (Jn 1,11) Sigue después la segunda pregunta de Pilato a Jesús: «*¿Qué has hecho?*», pero no tendrá respuesta.

v. 36a: «*Mi reino (basileia = βασιλεία) no es de este mundo*» (*kosmou = κόσμου - de kosmos = κόσμος*).

Empleando palabras de Pilato, Jesús se declara «*rey*», pero también le asegura a Pilato que Roma no tiene ningún motivo para temerle, porque su Reino no tiene un origen como el de los reinos de este mundo, aunque esté en este mundo; se trata de un Reino de Dios para discípulos que reconocen la voz del que viene a dar testimonio de la verdad, por lo que lo siguen libremente, como las ovejas a su pastor: «*Todo el que está de parte de la verdad, escucha mi voz*» (cfr. Jn. 18, 37).

. Mientras que Dios creó el kosmos, el kosmos está encerrado en continua rebelión contra su creador (cfr. Jn. 1, 10, 11). Es la esfera de oscuridad, rebelión, ceguera, y pecado. Jesús no busca un reino del kosmos, sino un *Reino de Dios*.

Pero este «Reino» cuyo origen no es de este mundo, sí se manifiesta en este mundo donde sea que alguien escuche su voz, como lo dejará claro el versículo 37. Y aunque no sea cumplido por métodos políticos, sí tendrá implicaciones políticas,





porque transforma radicalmente al ser humano y al mundo en el que vive, y transforma las formas de relaciones humanas, para la construcción de un **mundo nuevo**.

Jesús repite que su reino «*no es de este mundo*», y así, nos invita, con fuerza, a pasar a *otra realidad*. Una vez más Él nos desconcierta, proponiéndonos otro mundo, otro reino, otro poder. Es claro para Pilato: su poder está amparado por un ejército que lo protege y lo acompaña. Jesús está solo. Sus mismos discípulos lo han abandonado. Inerme, y soberano por su palabra y por lo que él es.

v. 36 b: «*Si mi Reino fuese de este mundo, mi gente habría combatido para que no fuese entregado a los judíos*» (v. 36b).

Cita la falta de resistencia por parte de sus seguidores como prueba de que no busca un reino del kosmos. Su banda de discípulos es pequeña, pero hay mucha gente atraída hacia Él. Gente que está descontenta con la ocupación romana, que espera un líder que los organice. Pilato tiene tres mil soldados bajo su mando, pero pocos de ellos se encuentran en Jerusalén es ese momento. Si Jesús hubiera querido causar problemas, lo hubiera hecho.

De hecho, ya existía algo de violencia asociada con el arresto de Jesús. Simón Pedro hirió al esclavo del alto sacerdote, cortándole la oreja. Jesús respondió reparando el daño y diciéndole a Pedro, «*Vuelve la espada a la vaina. La copa que me ha dado el Padre, ¿no la voy a beber?*» (Jn. 18, 11). Éste es un tema joanino que vuelve a aparecer.

v. 36c: «*Pero mi Reino no es de aquí*»

El Reino de Jesús no tiene sus orígenes en el kosmos, sino en Dios. Su reino no deriva su autoridad del kosmos, sino de Dios. ¡Jesús no es rey de un kosmos! Afirmando que su reino «*no es de este mundo*», Jesús nos invita, con fuerza, a pasar a otra realidad. Una vez más Él nos desconcierta, proponiéndonos otro mundo, otro reino, otro poder. ¿Qué tipo de reino estamos esperando?

v. 37a:

Pilato vuelve a la carga y le dice: «*¿Luego tú eres rey?*». Antes lo había llamado «*rey de los judíos*» (v. 33b). Ahora le inquiriere simplemente por su *realeza*, inherente e inseparable de su persona.

Al oír la palabra «*reino*», Pilato se pone en alerta. El interrogatorio vuelve a la pregunta inicial (cfr. v. 33), a la que Jesús sigue dando respuesta afirmativa: «*Yo soy rey*», pero explicando su origen y su misión. Aunque Jesús diga que su reino no es de este mundo, a Pilato le preocupa que el reino de Jesús vaya acompañado de alguna manera de implicaciones políticas. La pregunta de Pilato demuestra la





posibilidad de que Jesús sea una amenaza política, y Pilato lo invita a asegurarle una vez más de que no lo es.

v. 37b:

Jesús contesta, «*Sí, como dices, soy rey. Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo, para dar testimonio á la verdad*». En el Evangelio de Juan, Jesús tiene mucho más que decirle a Pilato que en los sinópticos, donde sólo contesta, «*Tú lo dices*» (Mt. 27, 11-14; Mc. 15, 2-5; Lc. 23, 2-5). Jesús afirma «*Sí, como dices, soy rey*», (una aclaración muy parecida a su respuesta en los sinópticos) pero después continúa, explicando el *significado* de su Reino:

Es un reino que él llama «*testimonio de la verdad*»: *pero le da* a ese término un alcance que va más allá de lo simplemente filosófico. Para él *la verdad* encierra el mundo de Dios, ofrecido por él al hombre, mundo verdadero, de una realidad total, mundo que encierra promesas que él ha cumplido, mundo que es la única y definitiva meta que el hombre tiene.

v. 37c:

«*El que es de la verdad, escucha mi voz*»: No dice: el que estudia la verdad, sino el que **ES** de la verdad. El que ha encontrado en ese mundo de Dios la totalidad de su ser.

* *Primero*, Jesús dice, «*Yo para esto he nacido, y para esto he venido al mundo*». El Prólogo de este Evangelio dice, «*En el principio existía la Palabra y la Palabra estaba junto a Dios, y la Palabra era Dios*»... Y la Palabra se hizo carne y puso su Morada entre nosotros, y hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Unigénito, lleno de gracia y de verdad» (Jn. 1, 1.14). El Versículo 37 vuelve a relatar estos temas joánicos: Encarnación – gloria – verdad. Además de Jn. 7, 42, que dice que el Mesías descenderá de David y vendrá a Belén, este versículo 37 es la única referencia al nacimiento de Jesús en el 4º Evangelio. Este Evangelio se preocupa más por el verdadero origen de Jesús que por la historia de su nacimiento. Sí, nació de mujer, pero la realidad más grande es que *viene de Dios*.

* *Segundo*, Jesús dice que ha venido al mundo «*para dar testimonio de la verdad*» (v. 37b). *Verdad* es un tema principal en el Evangelio de Juan (cfr. Jn. 1, 14.17; 4, 23; 5, 33; 8, 32.40.44; 14, 6.17; 15, 26; 16, 7.13; 17, 8.17.19; 19, 35). Éste no es el concepto abstracto de verdad que va sobre y en contra de falsedad, sino la verdad religiosa que hemos visto a través de este Evangelio, una verdad muy ligada a la persona de Jesús: «*Yo soy la verdad*» (Jn. 14, 6).





Aprendemos lo siguiente acerca de la *verdad* en este Evangelio:

- Jesús está lleno de verdad (1, 14).
- La verdad nos hace libres (8, 32).
- * Jesús dice la verdad (8, 45-46).
- Él es el camino, la verdad, y la vida (14, :6).
- Él testimonia la verdad (18, 37).
- Cuando Jesús se va, el Espíritu de la verdad volverá a estar con nosotros (16:7. 13).

* *Tercero: «Todo el que es de la verdad, escucha mi voz»* (v. 37c). Esto vuelve a repetir el tema de capítulo 10 – el pastor y las ovejas que *escuchan* su voz (cfr. **Jn. 10**, 4-5.16). Las ovejas no escucharán a desconocidos, porque desconfían de ellos. Escuchan para oír la voz de su pastor, porque su pastor tiene palabras de *verdad* y de *vida*. Aquellos que escuchan la voz de Jesús son *sus discípulos*. ¿Cuál es el Camino para llegar a ese mundo?: «Escuchar su voz». El nos trae la plena luz del mundo de Dios que en él se nos revela.

La frase final del pasaje es estupenda: «Quien está de parte de la verdad **escucha mi voz**». Nosotros que estamos absortos en miles de trabajos, compromisos, reuniones, ¿a dónde dirigimos nuestros oídos? ¿a quién atendemos?, ¿en quién pensamos?. Cada mañana recibimos vida nueva, pero en realidad, ¿de quién nos dejamos revivir?

3. MEDITACIÓN: ¿QUÉ NOS DICE el texto?

No es de este mundo

Afirmar que «*el reino de Cristo no es de aquí*» es decir que sus características son la verdad, el servicio y el amor. Si la Iglesia quiere visibilizar la realeza de Cristo lo tendrá que hacer de esta manera.

Celebrar a Cristo Rey es traer a la vida su acción salvadora. El es un rey muy distinto de como son los reyes humanos: su palacio es el universo, su poder es el amor, sus súbditos son todos los hombres y mujeres de la historia por quienes se ha entregado hasta la muerte. Su Reino abarca todo lo creado. La muerte no lo amenaza pues al resucitar entró encarnado en la vida de Dios que es eterna (Ro 6, 9-10).

Nos servimos de la imagen del Rey para expresar *su ser divino al servicio del hombre*. Ese Rey es el que lava los pies de los discípulos, el que acoge a los pequeños, el que sirve a los enfermos, el que ama a los pobres habiendo compartido con ellos la vida y su trabajo. La fuerza de su acción está en ese contraste entre el poder que le asiste como a Dios y la humildad de que se reviste como hombre, *obediente hasta la muerte y muerte de cruz*.





Durante mucho tiempo la fiesta de Cristo Rey ha estado cargada de acentos triunfalistas. La realeza de Cristo se ha pretendido visibilizar en el mundo y en la Iglesia por la pompa, el poder. Sin embargo estas características son las propias de los reinos de aquí abajo.

Abandonar los triunfalismos exige como primer paso el reconocimiento de que somos pecadores. Y lo somos porque hemos colocado realidades que no son Cristo, en su lugar. Y por ello hemos *prostituido* nuestras relaciones con Dios. Pero Dios siempre perdona a quien se reconoce pecador.

La Palabra de Dios nos dice que *Cristo es el Señor*. Que únicamente esto, asegura la libertad, la convivencia, la construcción de un mundo de verdad, de justicia, de amor y de paz.

Jesús Rey mártir

«*He venido para dar testimonio de la verdad*» (v. 37), dice Jesús, usando un término muy fuerte, que contiene en sí el significado de *martirio*, en griego (*marturh,sw* = «*martyreso*», es decir, *testimoniar*. es lo que hace el *mártir* por le FE).

El testigo es **un mártir**, *el que afirma con la vida, con la sangre, con todo lo que es y lo que tiene, la verdad en la cree*. Jesús atestigua la **verdad**, que es la **Palabra del Padre** («*Tu Palabra es verdad*»: Jn. 17,17) y *por esta Palabra Él da la vida*. Vida por vida, Palabra por Palabra, amor por amor. Jesús es «*el Amén, el Testigo fiel y veraz, el Principio de la creación de Dios*» (Ap. 3,14); en Él existe sólo el Sí, por siempre y desde siempre y en este Sí, nos ofrece toda la **verdad del Padre**, de sí mismo, del Espíritu y en esta verdad, en esta luz, Él *hace de nosotros su reino*.

El «drama» de la FE: llamados a «escuchar» a Cristo

Y es aquí donde reside el dramatismo de la escena: Pilato podía haberse «abierto» a esta dimensión de la fe, pero se recluye en su posición de poder político-terrenal, encerrándose cerrilmente en su «*increencia*», como los judíos (importante: Jn. 12,37-43 y 18,28; los judíos de ningún modo pisan el tribunal en la casa del gobernador pagano...).

El acontecimiento de la revelación tiene lugar al dar Jesús testimonio de la verdad (Jn. 14, 6): **en Jesús «experimenta» el creyente la revelación personal de Dios**. El, Jesús, descubre el misterio de Dios (Jn. 1,18); Él lo hace paternal a través de su encarnación humana (Jn. 1,14).

Y todo aquel que **escucha** y no se cierra a la revelación de Dios en Jesús, será aceptado por la *experiencia de la fe* (conocimiento de la verdad) en una corriente de **relación viva** con Dios, por **Jesucristo vivo**, actual y actuante hoy en la Iglesia.





4. ORACIÓN: ¿QUÉ LE DECIMOS NOSOTROS a DIOS?

Reconocemos y proclamamos hoy, Padre,
la realeza única de Jesús.

A su luz cobran un sentido distinto
nuestras ideas de poder y de mando.

El no domina desde arriba,
como los gobernantes de este mundo,
sino que se pone a la altura de los pobres y humildes,
para elevarnos a todos, haciéndolos hijos de Dios.

Agradecidos por tu Hijo y por el Reino
que en El has preparado para todos,
queremos dar a Cristo, nuestro Rey,
y, con El a ti, su Padre y nuestro Padre,
en la unidad del Espíritu Santo,
todo honor, bendición y gloria,
ahora y siempre por los siglos de los siglos.
Amén

5. CONTEMPLACIÓN ACCIÓN: ¿A QUÉ NOS COMPROMETE la PALABRA?

Esperanza combativa y operante

Efectivamente Cristo es el Señor y el centro del Universo. Su Resurrección lo ha convertido en el primogénito de entre los muertos. El es el punto Omega al que converge toda la creación y en el que toda la historia humana encontrará un final digno y glorioso. En él está nuestra garantía y él es de donde arranca la fuerza de nuestra esperanza.

Pero nuestra esperanza es combativa y operante. Todavía no ha llegado a su plenitud el Reino de Cristo. La verdad, la justicia, el amor y la paz no son las características de este mundo. La obra de Cristo está inacabada.

Por culpa del poder todavía hoy se pasa hambre y sed. Se vive explotado, aniquilado, esclavo. El Hijo del Hombre, el Señor se hace presente en el mundo de los marginados, oprimidos, humillados, empequeñecidos, en los pobres porque se identifica con ellos. Liberar al hombre de su opresión es creer firmemente que Cristo es el Señor. Asumir la tarea de desmontar los ídolos, los falsos dioses, es ejercitar la esperanza.

Esto no se hace sin riesgo y sin cruz. Pero, el cristiano asume su tarea con espíritu profético, con talante de apóstol. La seguridad de Cristo le lleva a vivir las tribulaciones que le acarrearán el testimonio de la verdad con alegría.





Porque sabe que él no es mayor que su Maestro y que identificarse con El significa identificarse radicalmente con su cruz.

Relación con la Eucaristía

Los que participamos en la Eucaristía queremos participar también en la extensión de su Reino de justicia, de amor y de paz.

Para orar y vivir la Palabra

«Tu trono está firme desde siempre y tú eres eterno» (Sal. 93(92),2)

La historia nos dice que, en este mundo, han caído grandes imperios; en cambio tu trono, Señor, está firme.

Tú eres el único rey que vives desde siempre y vivirás para siempre.

Yo te doy gracias por poder servir a un rey que no puede morir.

Los dioses y señores de este mundo fácilmente caen y se desvanecen. Yo quiero apoyarme únicamente en ti. Tú eres mi roca, mi alcázar, mi baluarte.

Que sea tu fuerza y no la mía la que me haga fuerte.

Que sea tu seguridad y no la mía la que me haga sentirme seguro.

«Muchas son las olas que nos ponen en peligro, y una gran tempestad nos amenaza; sin embargo no tememos ser sumergidos porque permanecemos de pie sobre la roca. Aun cuando el mar se desate, no romperá esta roca; aunque se levanten las olas, nada podrán contra la barca de Jesús».

(San Juan Crisóstomo)

Algunas preguntas para meditar durante la semana:

1. ¿Qué tipo de reino estoy esperando?
2. ¿Te sientes ya parte del Reino de Cristo? ¿Por qué?
3. ¿Qué aporta la Iglesia que ninguna otra institución lo haga?
4. La Iglesia no es un poder, ¿actuamos los cristianos como servicio o como poder?
5. El Señor nos pide «Escucha mi voz»: Yo que estoy absorto en miles de trabajos, compromisos, reuniones, ¿a dónde dirijo mis oídos? ¿a quién atiendo?, ¿en quién pienso?
6. Cada mañana recibo vida nueva, pero en realidad, ¿de quién me dejo revivir?

Carlos Pabón Cárdenas, CJM

Libro virtual:

<https://www.flipsnack.com/cpccjm2017/solemnidad-de-cristo-rey-b.html>

O también:

https://issuu.com/home/published/solemnidad_de_cristo_rey_b

